

*Las máquinas de coser de Estela Leñero*

*Por Elena Poniatowska*

*Casi todos necesitamos de los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985 para saber de su existencia. No así Estela Leñero. Las conocía desde antes. Su obra y su investigación terminan con el terremoto, y, no es el campamento en Tlalpan y José T. Cuellar, San Antonio Abad, el que le abre los ojos. No necesitó ir a preguntar al lugar de los derrumbes, sentarse en la banqueta frente al edificio desplomado y mirar cómo muchas costureras y sus familiares esperaban que les entregaran el cuerpo de su hermana, de su compañera. Tomó conciencia de su explotación desde el momento en que pudo escribir esta obra, bien estructurada, con un ritmo parecido al despunte de la máquina de coser, el ritmo que les exigen a las mismas costureras a quienes les cronometran el tiempo y no les pagan horas extras.*

*Este zumbido de la máquina los espectadores lo oirán durante todo el transcurso de la obra y he allí uno de los mayores logros de Estela Leñero: el mantenernos en un taller de costura y hacernos sentir lo que sienten las mujeres y los hombres que allí trabajan.*

*Estas mujeres congregadas por el miedo gozan hoy de un nuevo aire de libertad; la catástrofe les hizo tomar conciencia de que su jornada era despiadadamente larga: de las siete de la mañana (si no, no hubieran muerto) hasta las seis y media de la tarde. Lanzadas a la calle cuando tienen una edad como para ser jubiladas, como en el caso de ese personaje entrañable creado por Estela: Raquel, su cansancio empieza cuando son muy jóvenes. Su falta de prestaciones, su no-derecho de antigüedad, el ritmo acelerado con el que las obligan a trabajar, su relación con los hombres, las prendas que echan a perder y deben comprar, los hijos que las ven siempre inclinadas sobre la labor (Margarita jamás puede jugar a la pelota con el suyo), los hijos que estorban, sus duras condiciones de vida cambiaron un poco a raíz del terremoto, al menos en varios aspectos. En el Sindicato 19 de Septiembre de doña Evangelina Corona, cambió su relación hombre-mujer. Lo mismo en varias cooperativas. Como los hombres eran minoría ya no se sentían tan salsas. Todavía circulan las fotonovelas, esas revistitas que pretenden encajonar nuestra vida, pero al menos, Margarita, ya no cree en ellas. No entrará ningún hombre de smoking con pelo engomado a camelarla.*

*Un trabajador de "Topeka" contó que el primer día del terremoto sacó sesenta personas, de las cuales una había muerto. Sacó asimismo catorce cadáveres. Los sueños, sueños son y van cayendo piso por piso entre vestidos verdes y camisones rosas. Se escapan al viento de los agujeros de las ventanas. Se sacuden en el aire, banderas de nadie.*

*Estela Leñero nos da la vida de las costureras antes del terremoto y las pone no sólo a coser sino a bailar y a beber en una fiesta, a ligar y a platicar. Como en Kafka, la detentora de todos los destinos es "la libreta", quien apunta en un cuaderno a rayas cuántos pantalones cose cada quien, cuántas agujas rompe, cuánto hilo gasta. Cristina, la nueva, sigue a José, el capataz, el apoderado del dueño, el que sirve al patrón, un patrón invisible que sólo amenaza por teléfono con el recorte presupuestal, el recorte de personal.*

*Estela Leñero abre un boquete en nuestra ignorancia y nuestra pasividad y cimbra nuestra complaciente estructura de a milímetro la varilla. A raíz de la creación del Sindicato 19 de Septiembre, Fidel Velázquez declaró que estas mujeres eran analfabetas y que por tanto les recomendaba una escuela sindical. Raquel entró a los catorce años a trabajar, a los treinta ya tenía a su hijo enfermizo de color verde y labios de tierra, y todo se le fue en medicinas y en sobrevivencia. Ignorante, la llamaría Fidel. Pasados los cincuenta, José la corre como corre a Isabel, por puntadas, porque la trae entre ceja y ceja, como corre de su máquina a tantos que se hacían talleres clandestinos en las calles de Othón, de Avenida del Taller, de 20 de noviembre. A los cincuenta, cuando Raquel dejó allí los pulmones, los ojos, la espalda encorvada, al sacan a patadas. El edificio de San Antonio Abad que ahora sólo se levanta del suelo tres o cuatro metros, cuando era de siete pisos, es tan escalofriante como el regreso de Raquel, la vieja, a su casa.*